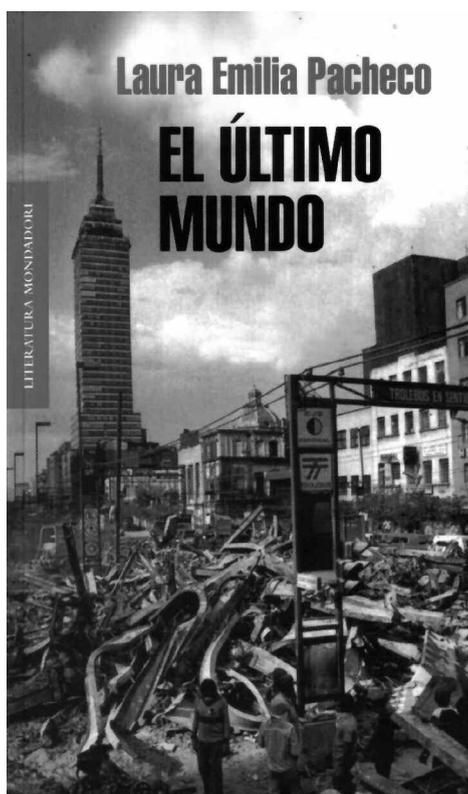


El cromatismo de la nostalgia

Claudia Guillén

Las palabras nos permiten expresarnos; incluso parecería que cobran vida para que juguemos con ellas y asumir distintos significados, según el contexto donde se les ubique. Las palabras van acompañadas de palabras, pero también pueden existir solas y tener una identidad fuerte e individual, sin importar que las dejen huérfanas. Divago: un sí o un no son claros y contundentes, como también lo es el sustantivo *último*. Sabemos que al enunciarlo o escribirlo le estamos dando punto final a algo o alguien: “El último...”, como un mensaje definitorio de que ya no habrá más de lo que sea que tenga que haber.

En este sentido, cuando leemos que el título de un libro es *El último mundo*, y que en su portada se ilustra la imagen de San Juan de Letrán —donde sólo quedan en pie algunos edificios del pasado, coronados por la Torre Latinoamericana—, se despiertan en nosotros sensaciones conocidas de miedo, pero también recuerdos más entrañables que se han ido acumulando en esta tan llevada y traída Ciudad de México. Y quién mejor para recordarnos lo que ha pasado que la narradora, cronista, ensayista y traductora Laura Emilia Pacheco. Este volumen de relatos y crónicas nos lleva de la mano por caminos que desatendemos porque, aunque sean realidades palpables, pasamos de largo ante ellas con un desapego indolente. Como si se tratara de hechos que son parte de lo natural. Como si fueran espectros que no conviven con nosotros, ya sean realidades o personas. Aunque *El último mundo* no sólo recoge situaciones inquietantes; el gran oficio de Pacheco le permite intercalarlas con realidades más amables. Incluso, si se tratara de un libro de poesía, podría decir que, al igual que fray Luis de León, la narrativa de Laura



Emilia Pacheco es cromática, por más desolador que sea el espacio o la circunstancia que nos esté narrando.

Laura Emilia Pacheco cuenta con una larga y reconocida trayectoria en el ámbito de la traducción, donde ha abrevado tanto en las crónicas de Alma Guillermoprieto como en las novelas de Francisco Goldman y Peter Taylor, así como en los cuentos de Isak Dinesen y del gran Raymond Carver. No ha dejado de lado la poesía, traduciendo a Barry Gifford. Gracias a esta labor obtuvo el Certificate of Honour for Translation, otorgado por el International Board of Books for Young People, por su trabajo con la novela de Janni Howker, *Isaac Champion*. En el periodismo, colaboró como editora en el periódico *El Nacional* y en el suplemento cultural “Confabulario” del

periódico *El Universal*. Prolífica y eficiente ejecutora en el oficio de las letras, Laura Emilia Pacheco logra integrar todas sus experiencias para dar con una suerte de pócima que la inserta, de forma natural, entre las mejores de nuestra literatura.

Son catorce las narraciones que componen *El último mundo*, editado bajo el sello Literatura Mondadori. Se dividen en dos apartados: “Al filo de la navaja” y “Geografía de las ausencias”. De esta forma, el libro abre con el relato que le da nombre, donde, a partir del tianguis de las Torres, que se ubica en Ixtapalapa, Pacheco lleva a cabo un ejercicio de narradora testigo de lo que le parece ajeno —aunque a medida que transcurre el texto se adentra hasta dejarse vencer por alguno de los múltiples objetos a la venta—, mientras nos permite recordar que ese mismo espacio, ahora aprisionado por el asfalto, fue en épocas prehispánicas un punto nodal para la defensa de Tenochtitlán.

En el caso de “La Santa Muerte al filo de la navaja”, Tepito es el escenario; no sólo nos lo describe, sino que podemos palparlo, sentirlo, olerlo. Siguiendo la línea del relato anterior, introduce también el mundo prehispánico, pues en la antigüedad este escenario —que ahora nos remite a la violencia y a la muerte— se llamó Teocultepitón, que en náhuatl significa templo o capilla. Curiosamente es aquí mismo donde surge uno de los cultos a la Santa Muerte, la Reina de las Tinieblas o la Niña Blanca, como suelen llamarla sus seguidores. A ella no hay que hacerle promesas; sólo encomendarse. Se trata de un relato que vale la pena no sólo por la calidad de su prosa, sino además por su capacidad de síntesis para mostrarnos uno de los fenómenos más notables que se han dado en el Mé-

xico del siglo XX, como si la máquina del tiempo nos regresara a las épocas en que *adorábamos* a la muerte.

Pacheco deja a un lado la Ciudad de México para introducirnos en el “Viaje al centro de Calakmul”. Esta crónica —así la califica la propia autora, aunque en la estructura se advierten tratamientos que hacen guiños continuos a la ficción, pues sus imágenes nos remiten a un mundo enriquecido por su imaginario personal— trata de su experiencia durante una visita a estas ruinas mayas, ubicadas en Campeche. En sus páginas la autora no abandona el recurso del que se ha valido en los textos anteriores: el juego de espejos entre las tradiciones del pasado prehispánico y el presente, pues si bien en el momento de narrar Laura Emilia Pacheco se encuentra en el ahora, no puede dejar de recordarnos lo que fueron esas grandes fortalezas creadas por nuestros antepasados. Hay una crítica a la falta de conciencia de las autoridades encargadas de mantenerlas, y ésta se refuerza cuando la cronista regresa a lo que un día sus propios compañeros de oficio en el siglo XVI nombraban como ciudades mágicas, recurso que, sin duda, torna aún más patente el descuido en que se les ha dejado. En “Lamento por Morelos” lleva a cabo un ejercicio similar: el eje es el continuo homenaje al pasado, expresa la nostalgia enorme que siente por él y señala la extrema pobreza en que viven sus pobladores, miseria que los lleva a buscar “mejor fortuna” en tierras norteamericanas. Con estas mismas premisas, Pacheco nos regala “Geología de la muralla”, un relato breve cargado de imágenes líricas, donde puntualiza los graves significados que conlleva la decisión de los estadounidenses de poner un muro de cemento entre nuestros dos países.

Volviendo a la Ciudad de México, en “Breve bitácora del fin del mundo” y “Jueves negro” Laura Emilia Pacheco no puede

dejar pasar un acontecimiento que cambió la existencia del México moderno: el terremoto de 1985. En el primer texto la autora habla de primera mano sobre su historia personal del 19 de septiembre; en el segundo escribe una exhaustiva crónica de lo acontecido en esa fecha que marcó a todos los que habitamos esta gran urbe; incluso hay datos científicos para entender el porqué de la magnitud de la tragedia, sin faltar la crítica puntual al gobierno que no supo actuar a tiempo.

En “El collar de Raquel” la autora nos traslada a San Cristóbal de las Casas, Chiapas, para narrarnos la historia de su protagonista. Se trata, pues, de un espléndido texto al que no le hace falta nada: el color y la vegetación conviven con toda naturalidad con la pobreza y la desolación. Al igual que el personaje, Pacheco borda una historia cargada de experiencias sensoriales. La migración a los Estados Unidos del marido de Raquel que la deja viuda, pues él es asesinado allá. El gran acierto de este relato es que, aunque aparentemente los pobladores sean seres con una vida vacía, sólo llena por su propia existencia, la narradora los dota de una belleza casi única, sin desatender los detalles mínimos para plasmar un mundo pleno de contrastes.

En el segundo apartado, Laura Emilia echa mano de su espléndida ironía en “Hágalo usted mismo (Do it yourself)” para narrar su experiencia en Boston. Destacan en este ejercicio la introspección de sí misma, y la ausencia cromática, lo que nos habla de su propia percepción de lo que es la vida norteamericana. De hecho, la introspección es uno de los ejes principales de este apartado. Tanto en “Observaciones desde el lago Ness” como en “Leyendas de Oriente” la autora comienza a dibujar abiertamente sus huellas de identidad en lo que respecta a la infancia. Así, en “Geografía

de ausencias” nos habla del género epistolar, con un cierto tono nostálgico, y a partir de varios ejemplos nos deja clara la importancia de una costumbre comunicativa tan poco practicada por los jóvenes de hoy. Para concluir, Laura Emilia Pacheco, quien no se ha mostrado tímida en el transcurso del libro, se abre de lleno en los relatos “Se nos fue el tren” y “Días de entrega”, en los que nos comparte sus recuerdos más remotos, y quizá más entrañables, de los que conformaron una infancia “rara”, con un par de padres escritores. Con su estilo característico ilumina esa época donde escuchar el sonido del tren era natural y caminar por las calles acompañada por su padre o por su madre la ponía al margen de cualquier peligro.

El último mundo nos devuelve la confianza en la idea de que las palabras suelen jugar entre ellas mismas hasta conseguir la configuración de un cosmos ideal, cuando son bien dirigidas por una mano experimentada y talentosa. En *El último mundo*, la capacidad narrativa, lírica, que encontramos en la voz de la autora, encuentra su complemento ideal en una mirada lúcida y aguda a la que no escapan nunca los detalles para enriquecer la realidad, una realidad que abreva en el pasado tanto como en la experiencia propia para redondear, con un imaginario por demás rico, un ámbito literario propio que va mucho más allá de los límites entre géneros literarios. Pareciera, a diferencia de lo que apunté en las primeras líneas, que el sustantivo *último* le otorga a Laura Emilia Pacheco la posibilidad de crear otros mundos a partir del que todos conocemos, y que éste es apenas el inicio. ■

Laura Emilia Pacheco, *El último mundo*, Literatura Mondadori, México, 2009, 162 pp.

El último mundo nos devuelve la confianza en la idea de que las palabras suelen jugar entre ellas mismas hasta conseguir la configuración de un cosmos ideal.